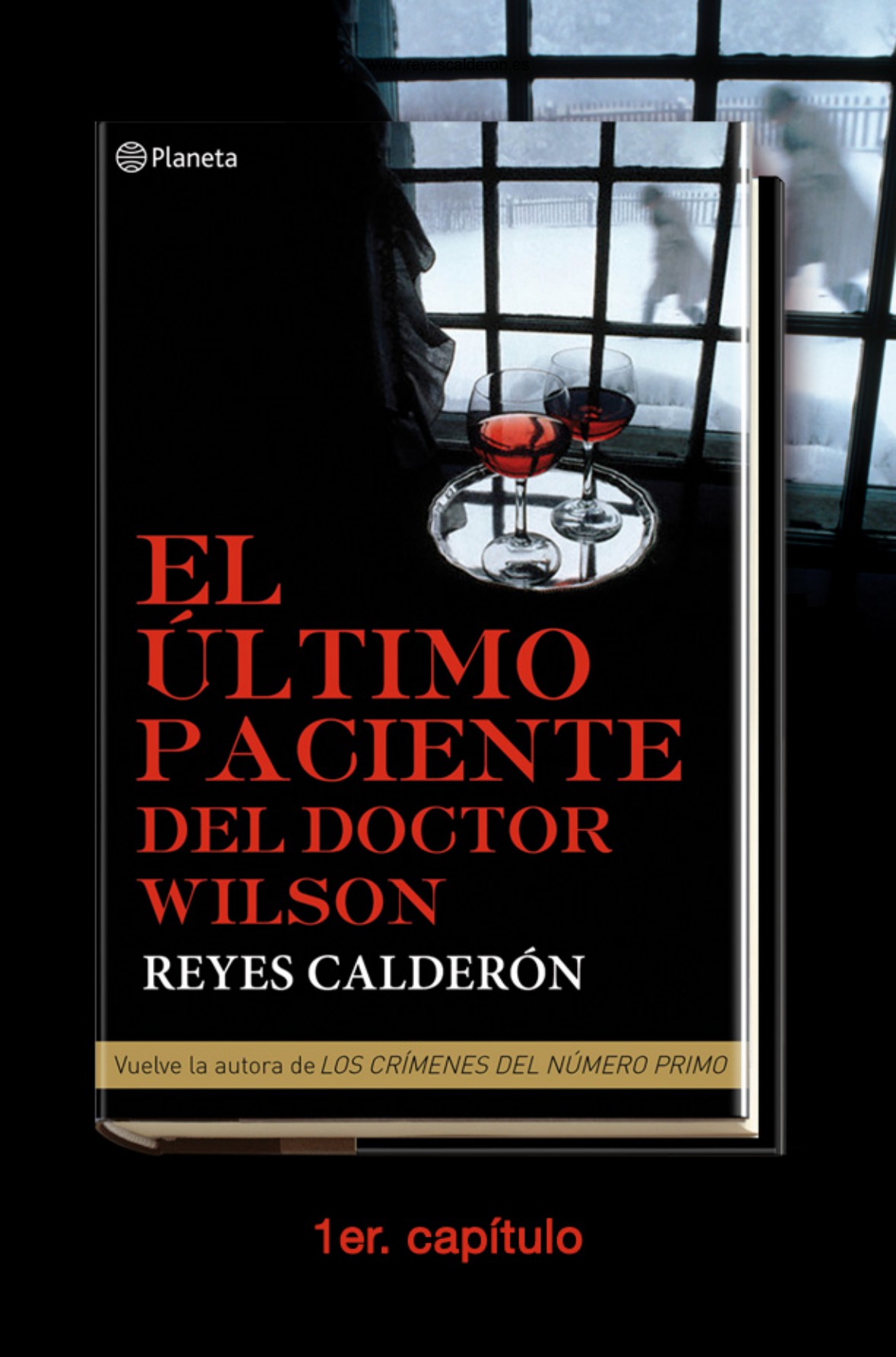
 Planeta



**EL
ÚLTIMO
PACIENTE
DEL DOCTOR
WILSON**

REYES CALDERÓN

Vuelve la autora de *LOS CRÍMENES DEL NÚMERO PRIMO*

1er. capítulo

PRÓLOGO

Había algo extraño en aquel atardecer, algo fuera de lo común, completamente extraordinario. Lo notaba en el color de la brisa y en los gritos de la luna. Y en la brusca forma en que el sol penetraba el horizonte y se derramaba naranja sobre el mar. Pero la advertencia más aguda venía de sus propias carnes: tenía frío. Un frío intruso, insólito. La jornada, tórrida, típicamente agostiza, moría dejando por herencia un calor sofocante. Sin embargo, los treinta y ocho grados, lejos de cortar el aliento, le hacían temblar y estremecerse.

No le hicieron falta más pistas. No había margen para la duda: volvía a estar en la encrucijada. Sin dudar, volcó su cuerpo sobre el mapamundi desplegado. Tensó los músculos y cerró los ojos.

La voz de Maria Callas brotaba de los cuatro costados de la habitación. *Madame Butterfly*, segundo acto. Las notas, dolientes, pasionales comenzaron a cercarle. Trató de concentrarse en ellas. Resultaban fascinantes. Sus agudos parecían estertores de muerte; sus pausas, desgarros del alma. *Madame Butterfly*: el humus perfecto para la tragedia. ¿Y qué mayor tragedia que la suya? Tenía que volver a matar. No deseaba hacerlo. Su espíritu se resistía. Sus manos se revelaban. Sentía náuseas. Pero sabía que había llegado el momento. Era su deber, un deber inexcusable. Debía arrebatarse al mundo una nueva vida, crear un nuevo mártir.

—De acuerdo, lo haré —susurró.

Un chorro de pena procedente del altavoz cortó el aire y

llenó la estancia: «¡Butterfly! ¡Butterfly! ¡Butterfly!» Al sentirlo, le atacó un nuevo estremecimiento. Resultó tan potente que le obligó a abrir los ojos. En ese preciso instante, la pátina naranja del mar elevó su intensidad; luego, como por ensalmo, murió. Permaneció extasiado contemplando aquella brusca despedida, la tristeza de Puccini hecha vida. Fue entonces cuando sintió la reconvencción de su conciencia: «No es tiempo de escrúpulos: necesitas tomar prestada una nueva vida.»

Era cierto. Debía ser fuerte. Apretó los párpados, colocó el índice sobre el mapa y permitió que el azar lo gobernara. Como una prolongación del destino, el dedo reptó entre aquel sembrado de ciudades, pueblos, países y océanos, unidos por líneas de colores. Se desplazaba deprisa, caóticamente; izquierda-derecha, norte-sur, arriba-abajo, y cruzando. Finalmente, se detuvo. El hombre se apresuró a abrir los ojos y a clavarlos en el mapa. «Mar Mediterráneo», rezaba el cuadro inferior, en letra bastardilla. Buscó con la vista el puerto más cercano. «Barcelona», leyó. Conocía el lugar: era simplemente perfecto. Sonrió pletórico: el azar acababa de elegir el escenario que habría de auparle hasta la cima de la historia.

—Barcelona..., escogida para deleitar a los dioses. ¡Si supieras lo que me has hecho sufrir! —dijo. Un punto de amargura adornaba su voz.

¡Cuánto le había costado aquella última vez! Llevaba semanas intentando, sin éxito, decidirse. Largas jornadas interrumpidas con los ojos cosidos a la carta geopolítica, atento al mare-mágnum de ciudades, ajeno a cualquier actividad que no fuera la elección del lugar. Luchando contra el reloj, porque el tiempo apremiaba.

Tiempo. El reloj es un elemento esencial en cualquier proyecto complejo, que nunca puede dejarse al azar. En el suyo, además, era una condición. Porque habían pactado un periodo máximo entre crímenes, y se estaba agotando. Los minutos se le escapaban como agua en una cesta de mimbre agujereada. Si no se daba prisa y volvía a matar, estropearía la misión. Era consciente de ello. Pero no acertaba a decidirse. Le fallaban las

fuerzas. Necesitaba valor. Concentración. Convencerse de que aquella nueva sangre —joven y roja, como las anteriores— era un tributo a la humanidad. Cuando lograba creérselo, se sabía capaz de lo más sublime.

Liberado por fin de la pesada carga decisoria, se incorporó. Se acercó al botellero, un diseño exclusivo del arquitecto español Ignacio Vicens, y eligió una botella. Vino tinto. Se sirvió una copa, pero no bebió. Aquel caldo necesitaba airearse. Lo giró varias veces. Observó su lágrima y su color. Luego, se lo acercó a la nariz. Sin duda, era extraordinario. Como la situación que vivía.

Con la copa en la mano, se volvió y observó el bellissimo Egeo, ya oscuro.

—¡Y, por fin, Barcelona! —repitió, al tiempo que pasaba lentamente la lengua por los labios.

Bebió mientras echaba la vista atrás. Despacio, saboreando. Pensando.

Le separaban ya once meses de su primer crimen. Once largos meses. Sin embargo, ocupado en la planificación de la secuencia, el cronómetro había volado. Los vientos habían sido favorables. En realidad, mucho más que eso: había cosechado un éxito sin precedentes. Ningún periódico o revista, ni siquiera los más sensacionalistas, se había hecho eco de los luctuosos sucesos. Todas las muertes habían pasado por accidentes, por ajustes de cuentas o por incógnitas que no merecía la pena resolver. Saber que, al inicio del experimento, era virgen en la práctica de la muerte realzaba aún más su triunfo. Y nadie tenía noticia de su existencia, ni de su nueva ocupación. Quizás debería referirse a ella como su vocación tardía. Sí, una vocación en la que se había convertido en un maestro. Aunque nadie le conociera. A excepción del doctor Wilson, su psiquiatra, naturalmente.

Recordaba bien su primer crimen, novato y nervioso. Recordaba la temperatura, el olor, el calor de aquella tarde septembrina en la pequeña ciudad de la Provenza francesa. Pero sobre todo recordaba el rostro de la mujer rendida a sus pies,

suplicando clemencia, y el crujido de su cráneo al fracturarse. Con el tiempo, con la acumulación de experiencias de muerte, había ido ganando en maestría. En la última ocasión había llegado a discernir el momento exacto, ese en que el cuerpo humano deja de tener apellido y se convierte en carne, simple desecho.

Lo había hecho bien. Pero no le había salido gratis. Desde el primer instante, y llevaba ya cinco muertes a la espalda, había soportado una terrible angustia: la elección de las víctimas y del método homicida; la ejecución de la sentencia de muerte; el miedo a haber cometido un error; la espera, insostenible casi siempre; la ansiosa lectura de la sección de sucesos de los diarios de la zona, y, sobre todo, la cada vez más estresante cita con el doctor Wilson. Vértigo, quizás ésa fuera la palabra adecuada para su estado de ánimo y, sin embargo, cada una de las veces, el goce de cumplir con la misión había compensado con creces el sabor a mirra. ¡Ah, qué extraordinario placer! ¡Qué incomparable sabor, el del riesgo caliente sobre la sangre fría! ¡Era algo soberbio, fascinante! Nada que ver con ese cóctel de arrebatos químicos del que había hablado el doctor Wilson. Arrancar una vida por amor a la humanidad devenía un acto espiritual, místico, la avanzadilla de un estado superior.

Pero aún había riesgo. Restaba el azar... En cualquier momento podía aparecer un policía terco o un periodista entrometido. O una nefasta casualidad. La casualidad le inquietaba especialmente. Los sistemas parecen infalibles sobre el papel, pero incluyen siempre alguna mácula. Un plan humano es, por definición, imperfecto. Quizás en la fase terminal le atraparan y se viera obligado a abandonar el experimento y a dejar inconclusa su hazaña. Entonces, los esfuerzos y los dolores, el trabajo duro, la angustia se habrían desperdiciado. Los inmolados —hombres y mujeres llenos de vida, de futuro y de presente— habrían muerto en vano. Y él, la mayor de las víctimas, sometido a un riesgo atroz, habría pagado un altísimo precio.

Y el doctor Wilson era el elemento más perturbador de aquella azarosa realidad. Lo que le ocurría con su psiquiatra

llegaba a obsesionarle. Ese juramento singular, que la ley venía a llamar secreto profesional, le cobijaba. El médico tenía los labios sellados, so pena de perder su profesión. Meses antes, aquella garantía habría sido suficiente, pero ya no le bastaba. Desconfiaba de él, y mucho más de sus promesas. Era un hombre débil e inestable. Y la sangre derramada le quemaba en las manos.

Había tomado precauciones. En el diario que le enviaba había cercenado las escenas y segado los detalles precisos, pero, aunque había domado el relato hasta reducirlo a la mínima expresión, esas páginas incluían muchas pistas. Demasiadas. Siguiéndolas, el doctor Wilson podría llegar hasta él. Reconocía su torpeza. En algunos momentos, sobre todo en los preludios del experimento, cuando pensaba que el médico compartía su fe en la misión, se había dejado llevar por el corazón. Pero se había equivocado: estaba solo.

Respiró hondamente y recordó el gesto despectivo del psiquiatra en su última cita. Su profecía en tono sardónico le había dolido en lo más profundo: «No necesita usted mirar a ninguna parte, Rodrigo, ni siquiera debe esperar mi parecer. A solas, uno no se engaña. Usted sabe quién es, salvo que se haya vuelto loco. Cierre un instante los ojos y mire en su interior. Mire bien. Tómese su tiempo, observe... Luego, dígame, ¿qué ve?, ¿a un loco o a un demonio?»

No se tenía por loco ni por demonio y, sin embargo, habría dado la mitad de su fortuna por encontrar el espejo que le permitiera mirarse el alma y ver si la tenía podrida, como el doctor Wilson aventuraba. Pero era una quimera. Nunca podría contemplar su reflejo.

Desde el asesinato de julio, no había mantenido ningún contacto con él. Entre ellos se había abierto una extraña brecha, un silencio como de cementerio, como de venganza. Desechó de un mordisco aquellos pensamientos. Estaba decidido: iba a demostrarle al doctor Wilson y, a través de él, al mundo entero que no era un loco ni un demonio, sino un héroe. Prueba de ello era que, tras completar las seis ejecuciones, no volve-

ría a matar. No era un asesino en serie, ni un psicópata enfangado en sangre. Únicamente era un hombre valiente, sacrificado, con sentido de misión.

Tras llevar a cabo el asalto de Barcelona, la fuerza peculiar que le embargaba, y que le había mantenido en pie todos aquellos meses, se extinguiría. Ese orden meticuloso, exacto, excitante, terminaría. Su vida se tornaría mediocre, pura rutina, pero tenía por cierto que nunca consumiría sus días como se engulle el arroz soso, sin ganas. Envejecería sabiendo que aquellos instantes, amargos pero exquisitos, habían probado su hipótesis sobre la maldad humana. Aunque no era psiquiatra, sería llamado el Freud del siglo XXI. Todos los libros de texto mencionarían su nombre, las más prestigiosas universidades del mundo estudiarían su hazaña, abrirían páginas y páginas en la red para contar su hazaña, su seudónimo sería protagonista en los blogs, escribirían una novela sobre su vida, rodarían una película... Viviría feliz. Sí, cuando la misión estuviera cumplida, sería feliz. Disfrutaría de cuanto tenía, que era mucho. Comería del pasado y se embriagaría con su cosecha de exquisitos recuerdos. Pasara el tiempo que pasara, ese sabor seguiría pegado a su piel, como la densa sal de aquella agua de tan perturbador azul.

Se olvidó de la hermosa vista, dejó la copa, ya vacía, sobre la mesa y tomó de nuevo asiento. Allí, junto al mapa, estaba la carpeta que contenía sus notas y la crónica de sus crímenes. El texto estaba completo, a falta del último capítulo, que narraría el asesinato de Barcelona. Respiró profundamente. Madame Butterfly, humillada y temblorosa, acaba de levantar contra sí la espada de su padre y se arrastra moribunda hacia la puerta. De lejos, llega la voz de su amado infiel.

Tomó un folio en blanco y se dispuso a detallar la elección del sitio. Pero, tras escuchar el final del tercer acto, no pudo menos que encabezar la escritura con lo que sentía: «Soy un ser privilegiado. Un hombre con misión. Nadie podrá jamás arrebatarme eso», escribió.

Dos rayas rojas, dos, sobre una tira blanca. Dos insignificantes manchas sobre un océano monocromo. Sólo eso, nada más. Una minucia que, arrojada al vacío de mi memoria, no paraba de taladrarme la mente de la mañana a la noche. Una y otra vez, y otra, como los anuncios de colonia en Navidad, como los coleccionables de los quioscos.

El reactivo las había pintado en menos de tres minutos. Desde aquel fatídico momento, y de eso hacía ya cuatro semanas, veía aquellas rayas chillonas en los códigos de barras, en los anuncios, en los vestidos de la gente, aún veraniegos; en las cajas de fruta; en los expedientes del juzgado; en los cuadernos de mi hijo pequeño, recién forrados, recién marcados.

Cuatro semanas. Veintiocho interminables jornadas. Seiscientos setenta y dos horas, tantas que perdí la esperanza de que desaparecieran y retornaran a la nada de donde habían salido. Con el paso de los días, su tono grana fue extraviando su intensidad, y viró hacia el granate oscuro, como de sangre coagulada. El blanco de la tira, originalmente vivo, brillante, mutó hacia el color de la nieve sucia. Pero ellas, las dichas rayas, perseveraron; firmes, perfectamente perfiladas, altivas, inamovibles, incrustadas en la tira blanca a modo de lapas de roca playera.

Las mantuve en secreto. A los ojos del mundo, todo seguía en su sitio, como siempre.

El mío es el perfecto ejemplo de una vida ordenada y plena, una existencia lograda. Ocupo la presidencia de la Sala Penal

de la Audiencia Nacional, un trabajo reputado que, además, me gusta. Tengo una pequeña colección de amistades, más o menos verdaderas; unos hijos estupendos, y una hipoteca a punto de saldarse. Y, sobre todo, tengo a Jaime. Sólo a Jaime. Nada de matrimonios fracasados ni divorcios celebrados. Un único amor, con pocos peros. Aunque no me había atrevido a contarle la inesperada anomalía.

Es difícil saber el porqué. Supongo que, de compartir el secreto, me vería obligada a reconocerlo, a darle carta de naturaleza y partida de nacimiento, y no estaba preparada para eso. Estoy más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Mis hijos ya no llevan pañales: se afeitan. Y el que aún tiene libros que forrar —plástico adherente y celofán— no me necesita para hacerlo. Sigo siendo pelirroja, como cuando tenía quince años, pero ahora es una tintura vegetal la que mantiene el color. Mi cara pecosa disimula aceptablemente las arrugas, pero su número es suficiente para saber que aquel camino, el de las dos rayas, podía terminar en el abismo. Y, no obstante, no podía dejar de recorrerlo. O quizás sí.

En éstas estaba cuando el doctor Ernest Wilson, psiquiatra, entró en mi vida. En realidad, lo que cambió mi perspectiva no fue este médico, por el que siento verdadera lástima, sino su último paciente, pero por aquel entonces yo era incapaz de calibrar ese pequeño detalle.

Si no recuerdo mal, cuando recibí aquella llamada, la que prendió la mecha de esta historia, comenzaba mi quinta semana de calvario. Había empezado a sentir pinchazos en el pecho y una incómoda hinchazón en el vientre. Con cada ráfaga de síntomas, las rayas se fortalecían y sorbían mi ánimo hasta hacerme desfallecer. Me había tomado la tarde libre: nada de juzgados, nada de hijos, maquillaje ni tacones: vaqueros, camiseta blanca y una coleta, como cualquier persona del montón. Y vagaba por Madrid sin rumbo fijo. Creí que al quedarme a solas conmigo misma (¡qué difícil me resulta!) no tendría más remedio que pensar algo para evitar la catástrofe. No funcionó. Lo que de verdad hice fue pasear y consolarme imaginando que

cada persona con la que me topaba escondía su par de manchas, restos de algún naufragio viejo y, seguro, estúpido. Mirándolo así, aquellas dos pizcas escarlatas no parecían tan amenazadoras. Mal de muchos, consuelo de tontos... El pensamiento es obtuso, lo reconozco, porque no alberga la capacidad de borrar manchas como las mías. Pero verlo en perspectiva me servía de desahogo, que era lo que yo buscaba aquella tarde.

Cuando sonó el móvil, terminaba de patearme el paseo de Recoletos e iba a cruzar la plaza de Cibeles, dispuesta a sentarme en alguna terraza para tomarme una bebida fría. El sol llevaba todo el día luciendo y del asfalto reblandecido emanaba un desagradable calor. Ya no era el de agosto, pero septiembre también puede ser cruel. Era mi oficial del juzgado. (En realidad, los oficiales ya no existen. A algún avisado se le ha ocurrido cambiar el nombre al oficio, como si eso solucionase algo. Ahora los llaman gestores, denominación que ellos aceptan con una sonrisa complaciente. El mismo trabajo, el mismo sueldo, pero mejor nombre. Y todos contentos. He mirado en el diccionario y dice que la labor de un gestor es promover y activar los asuntos en las oficinas públicas. Creo que mi oficial —gestora, perdón— no lo sabe. Pero yo me cuidaré mucho de hacérselo saber. Quiero vivir feliz, añorando a mi gestora de Pamplona, que valía por dos.)

En fin, decía que mi oficial-gestora me avisaba de que el presidente del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña estaba en mi despacho y me esperaba desde hacía unos minutos. Nos conocíamos de un par de reuniones y de algún acto social. Poca cosa. Por descontado, no recordaba haberle citado. La oficial mencionó el envío de un *e-mail*. Quise pensar que no había llegado o no lo había leído. A la alternativa, haberlo olvidado, no le di entrada.

Me quedé pensativa. Tardé milésimas de segundo en concluir que estaba ante un embolado. Lo más prudente sería escurrir el bulto. Sin embargo, no lo hice. Entre una historia engorrosa que me distrajera y un dolor rojo pintado con óleo en mis neuronas, opté por lo primero.

Hablamos por teléfono. Me disculpé por el despiste. Él se apresuró a quitarle importancia. Tenía una preciosa voz de barítono. Sin demasiadas florituras, me explicó que su tribunal había organizado unas jornadas de reflexión y unos talleres para estudiantes universitarios con ocasión del treinta aniversario de la Constitución española. ¿Había oído yo hablar de esa iniciativa? ¿Tenía noticia acerca de las jornadas? Confesé que no. Con un punto de desilusión en la voz, me explicó que al acto acudiría algún padre constituyente, además de ponentes de todos los puntos de la geografía española y de diversas disciplinas. Como no sabía qué decir, le felicité por ello. ¿Querría yo colaborar con esa iniciativa? Me proponía moderar una mesa redonda sobre delito y globalización (¡cómo no!, esas trece letras se han colado en nuestro léxico al mismo ritmo que los teléfonos móviles y están tan incrustadas como garrapatas). Fui contundente.

—Te agradezco mucho el ofrecimiento, Josep Maria —así es como se llama—, pero no aportaría gran cosa. Mis relaciones con el mundo global son nulas.

—Pero ¿no fuiste tú la que acudió a un país de Asia, no recuerdo cuál, a hablar de corrupción?

—Admito que fui yo. Pero ha pasado tiempo, y ya no estoy al día. Lo más que sé es que, si miro la etiqueta de la ropa que llevo, al menos el 70 por ciento está fabricada en China o la India...

—Es evidente, querida Lola, que estás más al día que la mayoría de nosotros —dijo con satisfacción.

Contraataqué:

—De acuerdo, algo de globalización sé, pero moderar una mesa redonda con especialistas en el tema es harina de otro costal.

—No seas modesta. Además, ya contamos con notables *speakers*.

Josep Maria acababa de cometer un error. Aquélla era mi oportunidad.

—Entonces, querido colega, no me necesitáis.

—¡Todo lo contrario! Precisamos de tu experiencia, de tu buen hacer...

Por un momento, se le agotó la cuerda. Un silencio incómodo se apoderó del teléfono. Me hice cargo de la situación enseguida.

—Comprendo, Josep Maria: lo que quieres decir es que necesitas una mujer.

Se sinceró.

—Tienes razón, Lola, son las malditas cuotas de los políticos. Pero quiero que sepas que te habríamos invitado aunque llevaras un bigote imponente.

Me quedé callada, dubitativa. Debí de ver cómo tejía una excusa, porque enseguida añadió:

—Antes de que contestes, quiero darte un dato: te ocupará muy poco tiempo. Hemos preparado un buen dossier para los ponentes. Sólo tendrás que leerlo y aportar tu punto de vista. No es excesivamente largo. Además, está financiado por empresarios y políticos. Ya sabes lo que significa.

Lo sabía: succulentas dietas, magníficos hoteles y mejores restaurantes.

Debería haberme mostrado halagada e inmediatamente proceder a declinar la oferta. ¿Qué hacía una juez acosada por una miríada de expedientes de diez centímetros de grosor disertando sobre la globalización del delito? Sin embargo, reconozco que me picó la curiosidad. El mundo de la judicatura catalana despierta en mí una cierta fascinación. Tiene algo de Gaudí, algo de Dalí y una gran base visigoda. Por otro lado, la perspectiva del viaje —tres días en Barcelona, sin horarios, agendas ni secretarios, sin gestores ni expedientes— me daba margen para asimilar mis dos rayas. (Era consciente a esas alturas de que morir matando el tiempo no iba a llevarme a ningún sitio.)

Y acepté. Mi interlocutor no disimuló su alegría (estaba claro que debería haber presentado más resistencia). Prometió enviarme por *e-mail* todos los detalles, y, tras avisarme de otra llamada de su segundo, colgó. Las jornadas tendrían lugar unos días después.

Continué el paseo, sabiendo que ya no llegaría a ninguna

conclusión. En cuanto volviera a la Audiencia, haría lo mismo que el día anterior: nada.

Seguir resultó relativamente fácil. Mi vida deja poco margen. Estoy sometida a la tiranía de una agenda con alarma sonora y al horario de las actividades extraescolares, cuando no al amable tono de voz de mis eficientes secretario y oficial (gestor, perdón) judiciales, que me recuerdan sin piedad los actos protocolarios, la montaña de expedientes que guardan cola y el sinfín de líos internos. Mis pasos resultan tan predecibles que me limité a seguir el horario marcado; a pasar largos ratos bajo la ducha caliente, por si servía de algo, y a abusar de la cafeína. Ni siquiera hube de esforzarme demasiado en disimular la consternación. El trabajo —el de la Audiencia y el de casa— tiraba por igual de mí y de mis dos manchas. Jaime, siempre tan poco observador, ni siquiera notó el cambio. La única variante fue que, por las noches, leía artículos sobre globalización.

Quién sabe por qué, recibir los billetes electrónicos fue como el revulsivo que necesitaba. Nada más verlos, sin pensarlo dos veces, busqué el teléfono de la clínica en mi agenda y llamé pidiendo una cita. Iría sola. Empleé una cabina, hasta ese punto llegaba mi paranoia. Pretendía impedir que Jaime, que repasaba meticulosamente la factura del teléfono, siguiera el rastro, y que algún colega de la Audiencia me escuchara. Al día siguiente, mi singular historia estaría en Internet.

—¿Se trata de una revisión rutinaria, señora MacHor?

Lo pensé poco más o menos un segundo. Luego, mentí descaradamente:

—Sí, una revisión rutinaria.

—Muy bien. Reservaré también una ecografía. Así no le haremos volver. Hasta pasado mañana.

Mi nombre no importa.

Algunos psiquiatras y psicólogos insisten en que el hecho de asignar un nombre comporta importantes implicaciones psicológicas. Yo no lo creo. El nombre se parece a ese sobre barato que se abre y se tira, al papel de plata que recubre la ansiada porción de chocolate. Lo que contiene, lo que se oculta bajo su pomposo envoltorio, es lo que llena de significado a una persona.

Sin embargo, ya que es costumbre llevarlo, voy a regalarte un nombre. Uno cualquiera. ¿Qué más da uno que otro? Lo hago porque te resultará más fácil ponerte en mi lugar si puedes asignarme un nombre y, a mí, dártelo no me afecta.

Pongamos que la gente me llama Rodrigo. Digamos que ése es el nombre por el que me conocen los que me tienen por un *broker*. Lo soy. Lo he sido hasta hace un par de años: un año, diez meses y catorce días, para ser exactos.

He ganado cinco millones de dólares anuales durante los últimos cinco años; tres y medio los anteriores. Más que suficiente. Pero no quiero engañar a nadie: si tiré la toalla, no fue por tener la panza llena, o por estar harto de que el teléfono, el fax y los mensajeros marcaran el ritmo de mi vida. Fue por notar que empezaba a perder esa agilidad felina que siempre me había caracterizado. Tenía cuarenta años entonces. Era el momento: la nuestra resulta una profesión fugaz.

Quando mi tiempo se acabó, cerré la cartera, saldé las cuentas de todos mis clientes y me dispuse a vivir. Con la última liquidación de posiciones, ofrecí un postrero festín a mis más asiduos y, de paso, gané otro tanto. Fue una bonita despedida.

Poseo un apartamento en cada una de las plazas fuertes del mercado mundial —Nueva York, Londres, París, Tokio y Madrid—, además de sendas mansiones en la playa y en la montaña. En mi amarre de la isla (no revelaré el lugar, basta con señalar que es una de las más bellas del mundo) descansa un barco de veinte metros de eslora; en el hangar, un pequeño avión para mi uso exclusivo. Y, por primera vez en la vida, disponía de tiempo para aprovecharlos.

En los recién estrenados meses de inactividad laboral, todo discurrió como la seda, a pedir de boca. Viajé por distintas partes del mundo, lugares en los que compré la compañía de las más hermosas mujeres y la conversación de la media docena de hombres que, considero, tienen en el mundo algún interés. Cacé animales salvajes en África, comí manjares exquisitos en Asia; en Australia, me bañé en una jaula rodeado de tiburones, practiqué varios deportes de riesgo... Mi nivel de adrenalina se mantuvo prácticamente constante en cada uno de esos momentos. Ni siquiera un vuelco destacable. Todo estaba previsto, bajo control. Incluso aquel tigre... Si yo hubiera errado el tiro, cualquiera de los siete rifles que permanecían ocultos tras la maleza, atentos al más mínimo estímulo, habría terminado el trabajo antes de que yo notase el apestoso aliento del animal sobre mi rostro. ¿Y qué decir de las damas? Nada nuevo. Incluida aquella niña camboyana que me vendió uno de los alemanes que manejan por allí el negocio infantil, y que se hacía pasar por una pequeña asustada. Me ofreció también un varón, pero yo no comparto esos gustos.

Ninguno de aquellos placeres se hallaba a la altura de un buen mercado en crisis: días llenos de posibilidades, adobadas en el pimentón picante del riesgo, de la incertidumbre más absoluta, el lugar donde yo mejor me movía. Pero los lunes negros ya no volverían. Y, sin ellos, ¿qué quedaba de mí?

Empezaba a aburrirme y a añorar el sonido del fax cuando conocí a León. Se me acercó tras una cacería furtiva en Minkebe, al norte de Gabón, un edén donde los haya. León era el guía de la expedición, un tipo silencioso, alto y fornido, de nacionalidad indefinida, con la piel cuarteada por tantas horas a la intemperie y una extraña mezcla de acentos en su dicción.

Me encontraba solo, a unos metros del grupo, rodeado de selva y silencio. El silencio de África no es como el resto de los silencios. Nada es igual allí. Ingentes bandadas de aves surcaban el cielo sin romper la paz del momento, más bien todo lo contrario. Atardecía. Los atardeceres en África son inexplicables, mágicos, sobrecogedores con esa luz indescriptible. Hacía calor y estaba cansado, pero me sentía fascinado con el momento y el lugar. Y con las circunstancias.

Los ojos abiertos de un corpulento gorila de cara aplastada, extremadamente oscura, me observaban desde el interior de las cuencas muertas. Yo estaba absorto en la escena, agachado, inclinado sobre el cuerpo que acababa de derribar. De forma inconsciente, supongo, calibraba sus semejanzas conmigo. Nunca había visto a un gorila de cerca. Toqué su piel, áspera y fría, sus poderosos miembros y sus dedos acortados, inexplicablemente familiares.

Sin que existiera ninguna razón meditada para ello, extendí la mano y le bajé los párpados. Algo debió de percibir León en mi comportamiento con el gorila que le animó a acercarse. Quizás hacía lo propio con todos los que compartíamos rifle e ilegalidad, aunque lo dudo. Creo que vio en mí una faceta que le atrajo. Descubrió algo que, creyó, nos unía.

Se agachó hasta colocarse a mi lado e iniciamos una curiosa conversación. Me trató de usted, como hacía con todos nosotros, que, por el contrario, le tuteábamos.

—¿Es su primera vez, Rodrigo?

Arranqué la mirada de aquel escenario que tanto me interpelaba y levanté los ojos para contestarle.

—Lo es, sí.

—¿Y qué le ha parecido?

Permanecí unos segundos en silencio, pensando qué palabras describirían mejor la experiencia que acababa de vivir, pero, aunque me esforcé, no las encontré. Finalmente, sin saber qué decir, pronuncié unas frases de compromiso.

—En el peligro siempre hay algo fascinante, ¿no? Desde luego, ha sido interesante —añadí.

—¿Interesante? —preguntó confuso, como si desconociera el significado de aquella palabra.

No le respondí. Volví a concentrarme en el cadáver del gorila. Tenía unos brazos poderosos y una gran cabeza. Mediría cerca de metro setenta, y calculo que su peso rondaría los doscientos kilos. Su pelaje negro, abundante, estaba sucio de polvo y sudor. De él empezaron a salir varios tipos de bichos. Aquella casa se quedaba sin inquilinos.

León buscó una posición más cómoda y, sonriendo, mirándome fijamente, continuó su charla.

—Podría pasar por un hombre negro y forzudo, ¿no cree? Estos grandes simios... —Se detuvo unos instantes, dudoso—. En fin, lo que quiero decir es que no es como cazar osos, o tigres o leones. Esos dedos, cinco como nosotros..., y cuando se sientan a despiojar a sus crías... No sé, me recuerdan a mi madre, que en paz descanse. ¿Sabe que poseen huellas dactilares únicas? Y tienen grupo sanguíneo. Son del tipo B, como yo.

—No lo sabía.

—Pues es cierto. Pero, por encima de todo eso, a mí me llama la atención su mirada. Cuando uno de estos bichos te clava la mirada, parece que esté escrutándote, que te comprenda. En una ocasión, incluso llegué a creer que podría contestar a mis preguntas... Pero eso, desde luego, es una tontería.

—Es posible, sí. —Respondía escuetamente a cada una de sus ráfagas. Creo que él no esperaba más que una señal de que le escuchaba.

—He visto que le ha cerrado los ojos...

—Sí, lo he hecho.

—¿Por qué?

No tenía razones, de modo que le contesté con toda humildad.

—No lo sé. Me molestaba.

Sonrió ampliamente y, satisfecho, casi henchido, afirmó:

—Creo poder explicárselo. Lo que ocurre es que usted, como yo, ha captado esa pizca de humanidad en su mirada y no ha podido soportarlo. Parece que este animal tuviera un toque humano. ¿No es así?

Me mantuve callado. La respuesta era obvia.

Volvió a cambiar de posición. Finalmente, se puso de pie, pero

continuó junto a mí. Supuse que quería decirme algo, pero que no se atrevía. Quizás iba a proponerme otra cacería, aún más ilegal que aquella, si eso era posible. De modo que me incorporé y, sin dejar de mirar al animal, me situé a su lado. Por fin, se decidió.

—¿Ha matado a un hombre alguna vez? Quizás en una guerra, en defensa propia o en un accidente...

—No, nunca —respondí extrañado, al tiempo que intentaba anticipar el motivo por el cual aquel guía desconocido me formulaba esa extraña pregunta.

—¿Le gustaría? —añadió, sin dejarme siquiera madurar mi duda.

—¿Cómo dices?

—Pregunto si le gustaría cazar a un hombre.

Me di cuenta enseguida de que hablaba en serio. Se trataba de una proposición en toda regla. Me decidí, casi con la misma celeridad con la que él me había preguntado.

—No.

De entre aquella profusión de bolsillos que le rodeaba el amplio abdomen, León escogió uno, lo abrió y extrajo un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere? —me ofreció, enseñándome la boquilla de uno de ellos.

—Gracias, no fumo.

Traté de volver a concentrarme en mi trofeo de caza, pero no me lo permitió.

—Es muy distinto de cazar animales, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Lo es. En este tipo de caza, a uno le sale la moral.

Me extrañó el exabrupto y seguí la conversación.

—No sé qué quieres decir.

—Pasa lo mismo con las mujeres. Cuanto más prohibido, más placentero. El placer no está en ellas, sino en la prohibición. La misma mujer, las mismas piernas, el mismo... En fin, usted ya me entiende. El polvo es muy distinto. Si es lícito, si está a tu alcance, no vale lo mismo. No, señor. Violar la norma es lo que te hace sentirte vivo. Es por la moral —repitió—. Saber que estás colaborando con

el mal, saber que lo haces a conciencia... Eso hace que la manzana de Eva sepa a gloria.

—Bueno, es una curiosa manera de verlo —musité, entre incómodo y curioso.

—Con los hombres pasa... Me refiero a las cacerías y a la prohibición. Es una experiencia que nunca olvidas. Da igual el tiempo que haya transcurrido, siempre permanece en tu memoria. No digo que sea un aprendizaje gustoso, porque resulta amargo como la hiel. Y escuece durante semanas. Pero es inolvidable.

Se quedó callado de improviso. No sé si esperaba que yo dijera algo, pero no repliqué. Entonces siguió hablando.

—Comer, beber, joder... Todos esos placeres acaban provocándote sueño. De lo que yo hablo, no. Le aseguro que no. Tras saborearlo, no podrá cerrar los ojos durante días, así de fuerte es. Parece como si se te cayesen las legañas y fueras capaz de observar luces que estaban cuidadosamente escondidas, veladas por la civilización. Al quitar el velo que las cubre, se revela la auténtica realidad, la vida sin afeites.

—Comprendo —dije, aún incómodo.

—Cuando la muerte de otro se convierte en triunfo, cuando la vida deviene ritual, se vuelve sagrada, ancestral. Y, por el castigo, no se preocupe. Son negros muertos de hambre a quien nadie echará en falta... O, al menos, nadie vengará. Sería usted el sexto miembro de la expedición, aparte de mí. Ya conoce al resto.

—Creo que paso —repliqué convencido, aunque empezaba a sentir un cierto nerviosismo que me reconcomía por dentro.

León dio una última chupada al cigarro y lo tiró al suelo. Pisó la colilla hasta aplastarla y convertirla en una tira de papel. La recogió casi con mimo y la guardó en otro de sus bolsillos. Su rostro expresaba desilusión, o así quise interpretar el gesto.

—A la gente le falta educación. He nacido cazador; vivo de la caza, pero soy consciente de que no todo vale. Si no cuidamos esos pequeños detalles, lo estropearemos para siempre. Ya sabe mi teléfono, Rodrigo, por si cambia de opinión.

Estuve toda la noche rumiando la conversación que había mantenido con León. Con la linterna encendida, dentro de aquella incómoda tienda en medio de la nada, bajo la mosquitera blanca donde

el mal y el bien parecían no haber surgido aún, repasé una y otra vez sus palabras. Y también sus silencios.

No trato de engañar a nadie ni de hacerme pasar por lo que no soy: no estaba debatiéndome en el filo de la duda. En ningún momento me planteé aceptar su propuesta. Pegar un par de tiros a un negro asustado, acorralado tras una batida, no me apetecía lo más mínimo. Se trataba de un asunto muy diferente, íntimo. Lo que me quemaba las entrañas era su argumento, la base del mismo, para ser más preciso.

León había hablado de matar por puro placer, por el goce de vivir una nueva experiencia, un ensayo terminal; algo así como su plantar el dedo divino: decidir cómo, decidir dónde y, sobre todo, decidir cuándo alguien abandona esta vida.

Había oído hablar de esas cacerías. Incluso creo recordar haber visto sobre ello algún reportaje en televisión. Sin embargo, nunca me había tomado en serio aquellas actuaciones, o quizás sí, y no había tenido tiempo de reflexionar. En mi desconocimiento absoluto del funcionamiento de la mente humana, pensaba que un asesino a sangre fría debía de ser un enfermo, un tarado, un ser marcado por alguna de las muchas lacras con las que la mente humana puede estar aquejada. O por varias a un tiempo.

Comprendía que la ira descontrolada, el ansia de venganza, el estrés de una situación de peligro mortal pudieran conducir a un sujeto a levantar su mano contra un semejante. Pero León no se refería a quien, fuera de sí, pierde las riendas de su voluntad. Él hablaba de quitar la vida racionalmente, hablaba de una actuación en frío. Hablaba de una cacería en toda regla.

Y no hablaba por hablar. Por lo que había dicho, por la misma forma de su ofrecimiento, podía intuirse que poseía cierto conocimiento sobre el tema y que, de acuerdo con su experiencia, aseguraba que aquello era posible. Sus palabras y, al parecer, también sus hechos, y los de otros cazadores, hablaban de hombres normales y corrientes, hombres como yo o como él, dispuestos a apuntarse al lado oscuro del alma, tranquilamente, con una lógica mental intachable, a prueba de cualquier psiquiatra. Mentes en las que ningún juez cabal encontraría la más mínima eximente.

«Lo maté, señorita, porque así lo dispuse; voluntaria y conscientemente, ¿algo que alegar?»

¿Era eso posible, era real? Esa duda fue la que, durante la noche, colonizó mi mente, como un virus letal, casi como una obsesión. Al rayar el alba, estaba levantado, vestido y dispuesto a encontrar respuestas para aquellas preguntas.

Informé a León de que abandonaba el safari. El guía no protestó. Se limitó a encender otro cigarrillo y a fumarlo a grandes bocanadas, mientras veía cómo recogía a toda prisa mis rifles. Cuando hube terminado, me ofreció la mano. Apretaba con fuerza, como siempre, pero en su gesto se adivinaba cierta prevención. No diré que estuviera asustado, parecía un hombre incapaz de destemplarse, pero sí incómodo.

—Espero que no se molestara conmigo. Lo digo por nuestra conversación de ayer por la tarde. —Se encogió de hombros y añadió con una sonrisa forzada—: No eran más que palabras, simples frases...

Comprendí inmediatamente que, tras aquella fachada llena de cuajo, se escondía una cierta aversión al riesgo.

—En absoluto, León, puedes estar tranquilo. No es mi guerra, eso es todo. Pero gracias de todas maneras.

No era mi guerra. ¿O sí? Debía averiguarlo.